

VUELTA METAPOLITICA AL CONO SUR

por VINTILA HORIA*

Un viaje a la Argentina y a Chile, países representativos de un conjunto geopolítico al que solíamos llamar Hispanoamérica y al que delimitan y extravían hoy tildándolo de “Latinoamérica”, resulta más que aclaratorio. El *Cono sur* aparece de repente ante la mirada del observador político cultural como una poderosa ilustración de la aventura humana en este final de siglo desgarrado por dentro por luchas relacionadas con los estertores de un ciclo en decadencia y, por fuera, por enemigos tan fieles como tradicionales. Si trasladásemos hacia el hemisferio boreal esta dicotomía austral nos encontraríamos con un contraste harto parecido: las dos Alemania o las dos Corea, dando cuenta de sistemas diferentes, separando artificialmente una antigua unidad política y cultural, centrando en el tema del bienestar o en el de la miseria material diferenciaciones de más alto significado, ya que el drama de los pueblos, dentro de la era revolucionaria en que vivimos, no es de índole económica, sino de origen y de sustancia que nada o poco tienen que ver con el precio del dólar o con los abismos del gulag. Es posible que el mal en que todos habitamos con cierta tendencia a transformarlo en costumbre cotidiana, exenta de sorpresas y falta de perspectivas, como en 1984 o como en *Un mundo feliz*, sea más universal, pero es aquí donde este mal moderno se nos presenta bajo las más lúcidas posibilidades hermenéuticas.

Topé tierra de noche en el aeropuerto de Río de Janeiro, a principios de junio —porque había niebla en Buenos Aires—, de manera que no vi nada, ni siquiera la bahía y el Pan de Azúcar, sólo el espectacular aeropuerto, inmenso y lujoso, que no es una clave pero sí una alusión. El de la capital argentina también. Una alusión directa al subdesarrollo en que este magnífico y desgraciado país se ha hundido a lo largo de los últimos treinta años, con la ferviente colaboración de militares y civiles. La primera impresión es penosa. Fue como hundirse de repente en un submundo occidental que, por motivos que luego analizaré más detenidamente, emprendió un camino al revés, en contra de cualquier normal posibilidad de premeditación. Los futuribles, aquí, se volvieron frenazos y luego marcha atrás, hasta tal punto que, recorriendo barrios bajos, entre Ezeiza y Aeroparque, para cambiar de avión y dirigirme a Santiago, pude vivir sensaciones de auténtica pesadilla. Coches destartados y ruidosos, baches en la autopista, edificios lúgubres cubiertos por inmensas pintadas repartidas entre los dos líderes del peronismo, gente triste y mal vestida, tienduchas de mala muerte, hasta tal punto que, durante todo el trayecto, pude contemplar aquello como una siniestra combinación entre Bucarest y La Habana. Antes de ayer, por la noche, en una calle principal de Córdoba, de regreso de Chile, alguien se me acercó, me miró, yo detuve mis pasos creyendo se tratase de

* VINTILA HORIA: Escritor rumano residente en Madrid. Premio Goncourt 1964.

una persona a la que no lograba reconocer bajo la pobre luz de los faroles; era un hombre alto, de unos cuarenta años, vestido decentemente.

—Dígame por favor lo que quiere, porque tengo prisa.

Lo dije en tono benévolo, esperando una respuesta normal. El desconocido seguía mirándome, como si no supiese exactamente cómo entablar una conversación a la que yo estaba dispuesto a seguir, a pesar de la hora y de mi prisa.

—Soy dibujante, de Salta, por favor...

—Diga. ¿Qué es lo que puedo hacer por usted?

—Discúlpeme, señor, me estoy muriendo de hambre.

Nunca olvidaré aquel rostro desesperado, aquella silueta nocturna, tiritando casi, pero no de frío, en la noche invernal, bajo el lejano palpitar de la Cruz del Sur. De repente el subdesarrollo, con todo lo que este concepto conlleva, como de degradación moral, en un país de Occidente, ayer poderoso y rico, reducido hoy a un estado de autocaricatura, más trágica que una simple tragedia. El hermano mayor del Cono Sur, esta tierra de la Pampa, del gaucho, del trigo, del bife de lomo y de Borges es hoy una auténtica ruina. La palabra es dura, pero no encuentro otra más piadosa, pero quizá menos realista. La Argentina a la que yo había dejado en febrero de 1953, rica, respetada, poderosa, progresando a pasos agigantados, había vuelto ni siquiera al pasado, se había extraviado sin darse cuenta, había tomado la vida del mal gobierno, desprovista en este mismo momento de cualquier posibilidad de retorno a sus cauces naturales. (Empleo consciente y filológicamente bien pesadas estas palabras; luego el lector tendrá la oportunidad de meditar en cada una de ellas, con todo el riesgo que esto supone para la realidad que dichos conceptos describen). El peso argentino tenía en 1950 el mismo valor bursátil y bancario que el franco suizo, no había prácticamente ni paro ni inflación. Hoy la inflación es de por lo menos un veinte por ciento, mientras los parados piden limosna en las calles, igual que en Madrid. El economista Carlos A. Rodríguez, citado hoy (8 de julio de 1988) por Daniel Lupa, en un artículo titulado "Política de brazos caídos" (*La Prensa*) afirma: "...en estos momentos, la proyección inflacionaria se inscribe en algo más del 1.000 por ciento anual, si se toman los beneficios del dinero puesto a interés, y bordea esa misma cifra si se considera que basta para ello una inflación mensual del 21,5 por ciento y "estamos muy próximos a alcanzarla".

Argentina pasó del sexto puesto que ocupaba en el ranking mundial, en la década del 40, al limbo del Tercer Mundo. Mientras Chile, superado con dificultad el hoyo en que lo había metido el gobierno marxista de Allende, entre 1970 y 1973, está rompiendo la barrera del subdesarrollo, según el *Financial Times* de antes de ayer, mientras el capital extranjero acude por todas partes para invertir y aprovechar una situación de estabilidad social y política, en el marco de una "dictadura" a la que antipatiza pero a la que escoge cuando se trata de ganar dinero, algo que, como es sabido, a la hora de la verdad financiera, *non ollet*. Mientras yo estaba en Chile, el IVA bajó del 20 al 16 por ciento, mientras la luz, el gas, los transportes, los impuestos, los textiles bajaron también entre un 4 y un 5 por ciento. Dentro de muy poco, si esto continúa a este ritmo, Argentina y Chile van a ser algo así como

Berlín oriental y Berlín occidental, escaparates de dos formas opuestas de gobernar a los pueblos.

¿Es correcto acusar a la Argentina, quiero decir a sus dirigentes radicales de practicar conscientemente todas las recetas del mal gobierno y, al contrario, colocar en la cuenta del buen gobierno los aciertos chilenos? Y, si fuera así, situándonos en el corazón mismo de las cosas, por encima de cualquier demagogia y por encima de la propaganda goebbelsiana de los *mass media* occidentales y orientales, ¿no habría llegado quizá el momento de enjuiciar *sine ira et studio* los regímenes en sí, acusando de utópicos a unos y definir como realistas a otros? Yo no soy un político, nunca formé parte de ninguna agrupación o partido, sufrí en mi carne acusaciones injustas, fui perseguido por los totalitarismos de mi siglo, me refiero al nacionalsocialismo como al comunismo, viví en Rumania, en Alemania, Italia, Argentina, Francia todos estos años a caballo de la Segunda Guerra Mundial, democracias, tiranías, dictaduras, seudodemocracias y seudodictaduras fueron sitios donde yo tuve que ir viviendo al azar de mis años y leguas de exiliado, de manera que escribo esto después de los más de cuarenta días pasados de un lado y de otro de los Andes, en la orilla del Pacífico y del Atlántico, con la conciencia neta de haber tomado contacto con algo de repente esclarecedor. Encontré mucha gente, conversé durante más de media hora con un Jefe de Estado, almorcé con rectores de Universidad, embajadores, escritores, almirantes y contralmirantes, con estudiantes y profesores, con banqueros, empresarios y economistas, me detuve en cinco ciudades importantes, tres de ellas puertos oceánicos, dicté más de veinte conferencias y clases, otorgué otras tantas entrevistas en la televisión, la radio y la prensa, hablé con muchos periodistas, comprendí por osmosis. Saqué una conclusión.

Igual que avestruces, mis contemporáneos viven arenas adentro. Respiran con cierta dificultad, vista su posición, pero no quieren saber nada. Ignoran lo que sucede más allá de los confines de su bienestar aproximado. Se nutren de videos, de telediarios y de palabras deterioradas por los políticos. Creen que el rey va vestido cuando el rey está desnudo. Confunden el mal con el bien y éste con aquél. Llamen cultura su vacío interior crecido a la luz del cretinismo ilustrado oficial. Y no me refiero sólo a España o a la Argentina sino a la inmensa mayoría de los pueblos occidentales, empezando por el de los Estados Unidos, culpable mayor, como luego veremos, de la desdicha universal en la que nos estamos hundiendo con pasos de campeones de *rock*. Dinamarca es *ecumene* en cuanto a la podredumbre se refiere.

Para Marx resultó cómodo acusar al capital de las desgracias del mundo, a mediados del siglo XIX, cuando ninguna otra solución, más que la liberal capitalista aparecía como normal sistema de gobierno y cuando elaborar unas reglas de vida socialistas era más fácil que sumar dos y dos. El marxismo apareció de repente, como el antípoda salvador. Y resultó ser el antípoda complementario. Cuando, en 1917, las ideas de Marx basadas en la ciencia ya desfasada de su tiempo tomaron la forma de un Estado, el mal se trasladó del centro a la izquierda, pero siguió apuntando hacia el centro del ser. El dardo envenenado había cambiado de mano, pero no de meta y tampoco de intensidad destructora. Mientras en Occidente el capitalismo liberal alcanzó su máximo desarrollo en la explotación inhumana de las multinacionales,

causantes de la miseria en la que se están hundiendo los países de las Américas al sur del río Bravo y de la decadencia espiritual de la cultura occidental, al este y al oeste del Volga un tremebundo y utópico capitalismo de Estado transformó a los individuos en máscaras agujereadas, en sombras sin reposo, vagabundeando cotidianamente entre la desesperación y el vacío. El conflicto entre los dos sistemas es sólo aparente y sus tentaciones pendulares entre el consumismo y el genocidio ponen de relieve sin cesar, en Vietnam, en Afganistán, en Rumania, en Cuba, en México, en Nicaragua, en Etiopía o en la Argentina, el afán conquistador y unificador de una voluntad de poder insegura de sí misma porque obligada a hacer funcionar sus proyectos a razón de golpes mortales y de violencias sin fin, lo que manifiesta su incapacidad estructural y, por el otro lado, su temible y terca inactualidad. Un materialismo orgánico es el factor que pone plomo en las alas de los dos doctrinarismos de sentido y cauce únicos.

En un libro trastornador, titulado *Las venas abiertas de América Latina* (Buenos Aires, quincuagésima edición, 1988) Eduardo Galeano, al describir en páginas realmente conmovedoras, sangrantes de realidad, el destino de unos pueblos condenados al monocultivo, devastados por las sociedades anónimas, inglesas en el siglo XIX, norteamericanas en el XX, escribe: "Con mejor o peor suerte, cada producto se ha ido convirtiendo en un destino, muchas veces fugaz, para los países, las regiones y los hombres. El mismo itinerario han seguido, por cierto, las zonas productoras de riquezas minerales. Cuanto más codiciado por el mercado mundial, mayor es la desgracia que un producto trae consigo al pueblo latinoamericano que, con su sacrificio, lo crea. La zona menos castigada por esta ley de acero, el río de La Plata, que arrojaba cueros y luego carne y lana a las corrientes del mercado internacional, no ha podido, sin embargo, escapar de la jaula del subdesarrollo". Y, casi al final del libro, Galeano cita a John Abbink, jefe de una misión técnica norteamericana en Brasil: "Los Estados Unidos deben estar preparados para *guiar* la inevitable industrialización de los países no desarrollados, si se desea evitar el golpe de un desarrollo económico intensísimo fuera de la égida norteamericana... La industrialización, si no es controlada de alguna manera, llevaría a una sustancial reducción de los mercados estadounidenses de exportación". La diferencia que yo encontré entre la Argentina de 1953 y la de hoy, entre esta Argentina y Chile me parece como definida y explicada por el párrafo citado más arriba. La maldición capitalista de la que habla Galeano en su libro intervino aquí con el fin de "guiar la inevitable industrialización" argentina, transformando un país en pleno desarrollo en un mercado más, miserable para sus propios habitantes, próspero para los "mercados estadounidenses de exportación".

Lo que fue la tragedia del oro, del petróleo, del quebracho, del caucho, del algodón, del café, del cacao, del cobre y del estaño, para países como Brasil, Perú, Chile, Colombia, Argentina, Venezuela, México y demás, aparece claramente enjuiciado en este libro revelador y cojo a la vez. Porque para Eduardo Galeano los males del capitalismo pueden encontrar fácil solución en el marxismo. Como sucedió en Cuba y como sucede en Nicaragua. Sin embargo, basta enfocar objetivamente el desarrollo del marxismo, y no sólo en los países hispanoamericanos, para darse cuenta de que lo malo del capitalismo ha sido sustituido por lo peor del comunismo. Los cubanos no comen mejor con Castro que con Batista y no sólo se

mueren de hambre en su propio país sodomizado por la Unión Soviética, que sustituyó en seguida a los Estados Unidos después de la revolución, sino que también mueren de balas y epidemias en suelo africano, defendiendo en Angola una causa tan dudosa y tan extremadamente culpable de antihumanidad como la cubana o la etiópica. Acusan del hambre en el antiguo reino del negus a las sequías, cuando el culpable es el régimen. El gobierno del coronel Mengistu lleva a los campesinos a la ciudad, donde no encuentran trabajo, porque teme golpes y rebeliones en sitios alejados de su control. La utopía funciona tanto con la colectivización como con la conquista desvergonzada de los mercados, tanto con el dominio de la Coca-Cola como con la sangría de los cubanos en las cárceles de la isla y en la selva africana. La muerte lenta del pueblo rumano es tan atroz como la matanza con aire de genocidio que fue la guerra del Paraguay entre 1860 y 1865. El culpable de la primera es el Partido Comunista, el de la segunda fue el partido de los mercaderes londinenses. El nombre cambia, como el doctrinarismo, pero permanece vivo en la memoria del inconsciente colectivo de los pueblos el "hombre de la anomia" del que hablaba San Pablo en su Carta a los Tesalónicos, el "anthropos tés anomías (hamartías)", o sea, el hombre de la carencia de ley y de la violación de la misma, citado por C.-G. Jung en *Aion* (Buenos Aires, 1986), donde enjuicia desde una perspectiva psicológica y teológica "el desarrollo luciferino de la ciencia y la técnica y los monstruosos trastornos materiales y morales dejados por la Segunda Guerra Mundial..." y que, en realidad, aparecen mucho antes.

Es una lástima que una crítica tan dura y merecida como la realizada por Eduardo Galeano lo haya puesto todo en duda, quiero decir todo su enfoque, al poner en tela de juicio sólo una parte del mal holístico en el que capitalismo y comunismo han hundido al ser humano. El sueño de Bolívar, el de la unidad de Hispanoamérica, hubiera impedido no sólo el genocidio de los paraguayos y demás guerras que han ensangrentado el suelo americano, desde México hasta el Chaco a lo largo de los últimos dos siglos, como también la matanza republicana de los indios (véase a este propósito el libro del coronel Mansilla), sino también la caída de estos países en la trampa del subdesarrollo. El fin de los virreinos no implicó, ni mucho menos, el comienzo de la libertad, sino, podríamos decir, todo lo contrario. La parcialidad antiespañola de Galeano rima, bajo este aspecto, con su partidismo comunista, lo que oscurece más todavía las fuentes y el desemboque del problema. Este bello libro cojo no hace sino recoger datos alarmantes, por un lado, y ocultar el revés sangriento del tema, por el otro. En su intento de revelar y de curar una de las enfermedades más agudas de nuestro planeta, deja paralizada la otra cara de la humanidad, en un rictus monstruoso que evidencia su malograda intención. El hombre de la anomia funciona tanto en la Argentina, donde los radicales instrumentalizados por los mercaderes producen democracia pero no desarrollo, como en Cuba, donde los comunistas producen soldados para la URSS y pobreza para los cubanos. El resultado, bajo perspectivas aparentemente distintas, es exactamente el mismo y, a la larga, igualmente destructor. Producir, hoy por hoy, democracia o comunismo no significa nada, en una sociedad donde vivir políticamente es igual a morir esencial y existencialmente.

Paseo por las calles de Córdoba, deformadas, ensuciadas y afeadas por las caras de los candidatos a la Presidencia, peronistas por un lado, radicales por el otro. El espectáculo es *dicente*, según la definición de Heidegger. Detrás de estas caras, de arraigambre genético ítalo-español, pero de intencionalidad democrática, quiero decir norteamericana, detrás de estas sospechosas sonrisas publicitarias, casi de seriales televisivas, uno se pregunta si realmente hay algo, si este algo es político (democracia en sol mayor o menor, en do o en fa, ya que hoy todo es democracia), si esto sigue diciendo algo a los transeúntes o si, al contrario, al no decirles nada, no son más bien las caras visibles de la especulación con el hombre que ha sustituido aquí el pesado pero ecuménico sistema administrativo del imperio español. El problema es saber elegir si es que todavía da tiempo para ello, entre Sarmiento y José Hernández, entre Mitre y Rosas, entre el puerto y el interior, entre el comerciante y el gaucho, entre la imitación y la autenticidad. No se trata de votar sino de botar. No sólo Bolívar y San Martín enfocaron esto desde puntos de vista que fueron arrasados por sus sucesores, sino que, a pesar de esfuerzos heroicos dedicados a corregir la trayectoria, en un *feed back* sobrehumano y a la larga inútil, la situación actual de Hispanoamérica, como la de Brasil, no tiene nada que ver con el proyecto inicial. Creo que personajes como Rosas en la Argentina, Artigas en Uruguay o como Gaspar Rodríguez de Francia y Carlos Antonio López en Paraguay, han representado este afán de *feed back* soteriológico al que los partidos de la costa, los "civilizados" de Sarmiento, han logrado aniquilar, en el marco de un proyecto colonizador mucho más esterilizante que el español.

En efecto, Galeano sostiene en su libro que España había acabado con la población india, siguiendo la doctrina aprisionada en una leyenda negra que no dejó de tener resonancias hasta en Pierre Chaunu. Si esto hubiera sido así, si España hubiera genocinizado a la población aborigen, desde México hasta Bolivia y Perú, ¿cómo explicar un hecho tan evidente como la presencia en "Latinoamérica" de más de trescientos millones de seres en su mayoría indios y mestizos? Lo que Galeano y otros malos historiadores pasan por alto es la idea que animó desde un principio el descubrimiento y la conquista, idea que me aclaró Arnold Toynbee en nuestra larga conversación de 1969, en su casa de Londres, y que más de una vez expuse en artículos y conferencias. Los anglosajones realizaron la conquista de los territorios estadounidenses con el Antiguo Testamento en la mano, se proclamaron desde un principio como continuadores puritanos del pueblo elegido y acabaron con los indios de la misma manera en que el pueblo de Israel acabó con los filisteos. Sin arte ni parte en la ética del procedimiento, sólo dejó caer el ineludible acento grave en el matiz consecuencial de la cuestión. Mientras los españoles, como los portugueses, conquistaron las Américas, como otros continentes, con el Nuevo Testamento en la conciencia: conquistar significaba bautizar, transformar en hombre nuevo al antiguo indio pagano, en un ser igual al conquistador. No siempre fue así, porque los españoles no fueron ángeles, y una conquista, hasta nueva orden divina, es una guerra. En este sentido, ni Vietnam ni Afganistán han hecho cambiar de táctica y de procedimiento a los falsos conquistadores de aquellas desgraciadas regiones, donde no operó jamás ningún criterio de igualdad entre conquistador y conquistado y donde la muerte en masa fue perpetrada en

nombre de unas sociedades anónimas o de un partido y de una ideología desactualizados por la historia. Este desnivel entre la civilización actual, en cuanto ciencia, filosofía, literatura, por un lado, y la práctica política y económica por el otro, me aparece cada vez más como la causa visible del malestar universal, o de lo que solemos seguir llamando “crisis”, palabra que expresa mal el desorden, la *anomia* que se nos está echando encima con cada vez más rigor logístico.

Habría que empezar la historia de esta decadencia, tan presente en las calles de Córdoba durante la feria menor de las votaciones radicales y peronistas, desde el mismo momento en que los jesuitas fueron obligados a abandonar sus fundaciones en el Paraguay, en el siglo XVIII, tragedia que de alguna manera iba a preanunciar el estallido de la Revolución Francesa en la lejana y omnipresente Europa. La derrota de la política jesuita (no hay que olvidar el hecho elocuente de por sí, de que en la segunda mitad del siglo XVIII la orden de San Ignacio fue obligada a abandonar Portugal, España y la misma Italia y que casi todo el proceso revolucionario que iba a producirse en Europa y en Hispanoamérica se desarrolló en ésta con el beneplácito del mismo Rey de España) implica hasta cierto punto, pero un punto muy evidente, la caída en des-gracia de pueblos enteros. Sin embargo, el renacer paraguayo, en la primera mitad del siglo XIX, bajo el dictador autárquico, Francia, hunde sus raíces, hasta económicas, en la tradición jesuita. “El aliento vivo de las tradiciones jesuítas, escribe Galeano en su malogrado libro, facilitaba sin duda todo este proceso creador”. Sin darse cuenta, y como llevado por la corriente de la realidad histórica, el autor uruguayo tropieza a menudo con la verdad histórica. “El país más progresista de América Latina, escribe el mismo autor, construía su futuro sin inversiones extranjeras, sin empréstitos de la banca inglesa y sin las bendiciones del comercio libre”. De haber seguido en el cauce jesuita, español y cristiano, Paraguay, como más tarde el Uruguay de Artigas y la Argentina de Rosas, hubieran desarrollado en Hispanoamérica un potencial cultural, económico, religioso y político desprendido por completo de cualquier neocolonialismo. Hispanoamérica, al ser derrotados los tres caudillos libertadores, perdió su carácter de colonia española para volverse colonia británica. Mientras el puritanismo creó en el norte un país libre, obligó al sur a volverse conjunto de países esclavizados. El tigre de los llanos, al que Sarmiento trató de caricaturizar y minimizar sin lograrlo, el gaucho independiente, símbolo de la única autenticidad posible en este Nuevo Mundo, es hoy figura medio turística, medio política, pintoresco personaje de los desfiles del 9 de julio, con los que poco tiene que ver, o modelo político de afiche electoral, tan estertóreo como una blasfemia. ...“Che la diritta via era smarrita...” hubiera dicho Dante. La calle recta, o derecha, brotada desde las entrañas de la tradición, hubiera llevado a los argentinos hacia el cumplimiento de su rumbo originario —ya que “el futuro es el pasado”, según la correcta definición de los futurólogos— mientras, al ser desviados, los pueblos del antiguo imperio español, y en contra de la voluntad programática de sus dos próceres, emprendieron un derrotero equivocado, fuera de la “diritta via” y se encuentran hoy avanzando hacia una democracia casi perfecta que los lleva al desastre final.

Sigo preguntándome, pues, por la razón de ser, hoy, de la democracia, ante el triste y desgarrador espectáculo de la política argentina, ante los

resultados de un proceso de decadencia, conclusión evidente de la victoria de la "civilización" sobre la "barbarie", proceso que ocupa aquí el primer plano de la actualidad cotidiana desde los comienzos mismos de la independencia. *Facundo y Martín Fierro* siguen siendo para mí las claves antagónicas de esta tragedia. Ya veremos, páginas más adelante, hasta qué punto resulta beneficioso para los argentinos seguir en la polémica literaria provocada por los dos libros y si transformar lo antagónico en complementario, en un acto supremo y casi alquímico de *conjunctio oppositorum*, no llevaría al país a una síntesis por primera vez libertadora. Todo ello, evidentemente, supeditado a una casi imposible liberación político-económica.

Me doy cuenta, al escribir estas líneas, de que el problema no es sólo argentino o hispanoamericano, ya que muchos se preguntan hoy, a pesar de una mayoría de entusiastas aprisionados por la tiranía de los *mass media*, acerca de la validez de la democracia. En una entrevista otorgada a Guy Sorman y publicada en *La Nación* (Buenos Aires, el 8 de julio de 1988) el economista austriaco Friedrich von Hayek, al que he citado varias veces en escritos anteriores, afirma: "En sus orígenes, en democracia, los poderes del Estado, contrariamente a la monarquía, estaban limitados por la Constitución y por la costumbre. Pero nos hemos deslizado paulatinamente en la democracia ilimitada: ahora un gobierno puede hacerlo todo, con el pretexto de que es mayoritario. La mayoría ha sustituido a la ley. La ley misma ha perdido su sentido. Principio universal en su origen, no es ya en la actualidad más que una regla cambiante destinada a servir intereses particulares: ¡en nombre de la justicia social...! En realidad, detrás de la "justicia social" está simplemente la espera sembrada en el espíritu de los votantes por la generosidad de los legisladores para con determinados grupos. Los gobiernos se han convertido en instituciones de beneficencia expuestas al chantaje de los intereses organizados. Los políticos se prestan tanto más voluntariamente cuanto que la distribución de ventajas permite "comprar" adeptos.

Capitalizar votos y enriquecer al partido en el poder, empobrecer al país, alimentado de democracia y cada vez más desmineralizado, es la "política" de los socialistas en España y de los radicales en la Argentina, para no citar aquí más que dos ejemplos más a mano que otros. Continúa Von Hayek: "...esto quiere decir que la democracia es inmoral, que es injusta y que degenera en totalitaria: los individuos no son más autónomos, sino más narcotizados, más dependientes de la benevolencia del Estado. En fin, la democracia lleva directamente al empobrecimiento general y a la desocupación, porque los recursos disponibles para la producción de las riquezas se agostan ineluctablemente". No se podía decir mejor y sobre todo por alguien tildado por Sorman, en el mismo título de su entrevista, como "El maestro de la democracia".

Esta degradación encauzada hacia la tiranía totalitaria, afirma Von Hayek, se ha producido, tal como lo había sentido Tocqueville, porque hemos llegado a confundir, con el tiempo, "el ideal democrático con la tiranía de la mayoría". Es el pecado mayor de la democracia, algo en contradicción absoluta, creo yo, con los principios fundamentales de la nueva física, maestra, no de democracia, sino de vida. Lo siento en el alma,

porque coincido con las premisas de Von Hayek, pero no con su conclusión, situada, lógicamente, más allá de lo real, como toda ciencia edificada sobre los parcialismos materialistas del siglo pasado. A todos estos males Von Hayek propone como solución la Demarquía, palabra formada por *demos*, el pueblo, y *archein*, autoridad. No ya la Democracia sino la Demarquía. Lo que, claro está, no lleva a nada o nos lleva a la nada. Su mismo padrino lo llama una "utopía de recambio", lo que me exime de cualquier comentario y termina así, en plena incompletitud doctrinaria, parecido su análisis al de Galeano, (cito a Sorman): "En términos más generales Von Hayek considera indispensable que los *liberales coherentes* preparen utopías de sustitución: "en caso de catástrofe, éstas aparecerían como las únicas soluciones realistas y razonables". No sé hasta qué punto Guy Sorman es intérprete fiel del pensamiento del famoso Premio Nobel, pero las contradicciones me parecen más que evidentes.

En primer lugar, ¿cómo va a poder una utopía brindar soluciones realistas? Se trata de una contradicción en los términos. En segundo lugar, no se trata de que, en caso de catástrofe (me imagino que Von Hayek quiere referirse a un *crack* similar al de 1929, o a una guerra nuclear, o a otro tipo de crisis universal), la solución *aparezca* como realista sino de que lo sea, y no sólo la manera cartesiana o razonable. Soy incapaz de recordar una crisis histórica solucionada por una utopía. Es lo que está sucediendo en los países americanos. Una utopía es el recambio de otra y así hasta el infinito, si es que los pueblos son capaces de resistir hasta el infinito embestidas tan brutales y surrealistas.

Un colaborador de *La Prensa* de Buenos Aires (sección económica del 10 de julio de 1988) escribe lo siguiente, definiendo en pocas palabras la actualidad argentina: "El dólar está en alza, las tasas de interés están en alza, los precios están en alza y el ánimo de la gente está en baja". Dad vuelta a la frase y os encontraréis en Chile. Aquí el IVA ha bajado del veinte por ciento al dieciséis y los precios, automáticamente han bajado en un cuatro y en un cinco por ciento; pero también la luz, la gasolina y algún que otro impuesto. Mientras el ánimo de la gente sigue subiendo. Las elites directoras del país tienen preparados, y a algunos ya en plena marcha, proyectos de futuro realmente impresionantes. Es lo que preveía Toynbee, el día en que le pregunté acerca de los países que, según él, tenían más posibilidades de insertarse correctamente en el futuro. Me dijo: Canadá, Japón, México y Chile. Durante muchos años no comprendí por qué Chile. Sigo sin comprender por qué México, pero es posible que en el antiguo país azteca algo esté sucediendo, más allá de la estafa permanentizada que resulta ser, después de varios decenios, la presencia de un partido en el gobierno, Partido Radical, como el argentino, llevado a cabo su *tymos* o plan vital por la misma adherencia a la utopía destructora. Pero Chile sí, de repente se me antoja como el país occidental más inserto en una auténtica transformación estructural, por encima de cualquier devaneo democrático. Lo que interesa aquí no es la ideología ni el partido, ya que ni la una ni el otro están en el poder, sino Chile en cuanto realidad palpable, en cuanto *patria*. Se lo dije al Presidente Pinochet, durante la entrevista que me concedió en la mañana del 22 de junio. Entre un político de carrera y un estadista sin partido, la

diferencia es, hoy sobre todo, esclarecedora. Mientras entre el político y la realidad que él maneja y dirige está siempre el telón deformador de la ideología y de un partido, hechos de utopías y parcialidades, entre un estadista apolítico y el país no hay nada, el contacto es directo y genuino. Desaparecen la clientela política, la deformación impuesta por el doctrinarismo, hoy más que nunca fuera de lo real, el sucio juego electoral en el que las democracias pierden energías insustituibles y dinero, pero también la ineficacia y la incompetencia, características de un sistema que, con el tiempo, se ha apartado de cualquier posibilidad de comprensión auténtica de las cosas.

(Quiero, antes de seguir adelante, hablar de la presencia humana del general Pinochet. Es un hombre sumamente cordial, excelente conversador, culto y preparado —hablamos, entre otras cosas, de Ortega—, sonriente y afable. Sin embargo de vez en cuando, durante la conversación que duró algo más de media hora, un vaho de tristeza invadía su mirada. Me impresionó sobremanera esta sombra que subía, cada diez minutos, de las profundidades de su mundo subconsciente. El seguía hablando o escuchando y la sombra se apoderaba de sus ojos de un azul muy claro y limpio. Me di cuenta más tarde, al tratar de comprender el fenómeno, de que este hombre había dejado de pertenecerse, su destino lo había empujado a tomar el poder en un momento de catástrofe y de que nada lo podía devolver al estilo de vida de antes. Victorioso o vencido el actual Presidente de Chile, desde sus mismas entrañas espirituales, forma parte ya de la historia, con todos los riesgos que esto supone. Me imagino que en sus pocos momentos de soledad y de enfrentamiento con su propia persona, el general Pinochet se estará planteando el problema y tendrá su respuesta al inquietante *poemos*, en el que todos nosotros nos agitamos con más o con menos dramaticidad; sin embargo, para un estadista responsable, sin intermediarios, de la suerte de un pueblo, esto debe de ser terriblemente agotador. Mientras que, durante las entrevistas del día o trabajando con sus ministros, o hablando en público, la inquietud vital desaparece de la pantalla consciente, o racional, se retira a las aguas profundas del ser, pero sigue presente, por encima de la voluntad de la psique y busca su camino hacia el exterior reflejándose en los ojos, como una oleada de fondo de repente visible, algo más oscura, en el azul del mar, en pleno mediodía. Es lo que más me impresionó durante nuestra conversación. Como también el orden pulcro que reinaba en el pequeño Escorial del palacio de la Moneda).

Chile vive entre los Andes, el Pacífico y los terremotos. Cada dos por tres aparecen los recuerdos, mientras uno habla con la gente. O es el terremoto de 1985, que dejó huellas en los muros y en las almas, o es el hambre y el terror de la época de Allende. Se trata de evitar que se repitan por lo menos las catástrofes de origen humano, ya que de las otras sólo Dios ha de preservarnos. Lo que ha hecho el actual gobierno, y no me voy a entretener mucho en ello, no es la construcción de viviendas baratas para los menos pudientes, ni las carreteras, ni el frenazo a la inflación, ni el pago de la deuda exterior, ni el Metro de Santiago, el más moderno y el más limpio del mundo, sino el haberse sabido autopropulsar hacia un claro proyecto de futuro. Es lo que más impresiona en Chile. Las elites saben lo que tienen delante y se enfrentan, no sé cómo mejor decirlo, *científicamente* a los retos del día de mañana, mientras el pueblo tiene fe en esta manera de enfocar las cosas.

Sí existe la oposición y creo que el progreso no es posible sin ella. Sólo las sociedades condenadas a la entropía, como la soviética, se mueren ahogadas en su propia irrealidad, porque son incapaces de aceptar críticas y correcciones. En Chile la crítica a Pinochet y a su gobierno se manifiesta en los periódicos, en la radio, en la televisión, en las universidades. Si hay crítica y sí, por ende, hay oposición, no entiendo por qué un régimen así es llamado dictadura. Los kioscos desaparecen bajo publicaciones donde el régimen es criticado sin piedad y a menudo sin objetividad, de la manera más burda e injusta. Una noche fui llevado a la televisión de Viña del Mar y entrevistado por el mismo Rector de la Universidad Católica. Tocamos, entre otros, el tema de la Universidad Católica (la de Santiago acaba de cumplir cien años de vida y de fértil actividad) y de su posición crítica ante el Gobierno. Dicha Universidad, en su conjunto, constituye hoy el centro intelectual de la oposición en Chile. Pregunté al Rector, ante las cámaras, si la Universidad Católica chilena, al cabo de sus críticas, brindaba soluciones positivas. Me dijo que no. Se trata entonces, contesté, de una Universidad dadaísta.

Y, en efecto, es así, porque no es posible, honestamente, oponerse a una realidad, con el deseo de acabar con ella, sin ofrecer, a cambio, otro sistema más eficaz. Porque seguir enfocando y definiendo el período Allende como algo positivo y democrático me parece de la más baja insolvabilidad. No es serio empujar a los chilenos y sobre todo a los jóvenes que no recuerdan aquello hacia la repetición de la catástrofe. Es como fundar una secta e invitar a la gente a adorar al dios del terremoto, afirmando que es lo más beneficioso para el país. Creo que no sólo la democracia está en crisis, en el mundo occidental, sino también y sobre todo la Iglesia. En países muy desarrollados, como Italia o Francia, esta crisis no sobrepasa ciertos ambientes, no logra reflejarse en la vida cotidiana, es sólo un bache espiritual al que la Iglesia y la gente resolverán un día, o no resolverán, sin que esto atañe, por lo menos aparentemente, a la vida cotidiana. A esto hemos llegado. Es duro decirlo, pero es así, la misma Iglesia ha hecho todo lo posible, durante estos últimos veinte o treinta años, para separarse de la vida, en un afán desesperado e ineficaz de adherirse *modernamente* a ella. En cambio, en Chile, como en la Argentina, la crisis de la Iglesia responde en profundidad a un clamor de salvación. El cristianismo aquí, a pesar de los radicales y de los ateísmos socializantes, es todavía el síndrome mayor y *sine qua non*. El Chile contemporáneo se ha formado en parte importante alrededor de la Universidad Católica. Una separación entre la Iglesia y los proyectos de porvenir sería catastrófico para la misma. Y me parece que abundando en la utopía, alejándose de lo actual, ignorando el mensaje de las nuevas ciencias con el fin de permanecer fiel a los ismos doctrinarios desahuciados por el mismo progreso del conocer, situándose en la senda de lo político en un momento en que la gente pide a voz en grito respuestas metafísicas a sus inquietudes, me parece de un mal gusto casi psicótico. El deber de la Iglesia es el de estar con las almas y luego con los cuerpos; su finalidad ha sido siempre la de enseñarnos a morir y no a vivir. Vivir es corto e inesencial, importante pero pasajero. Morir es entrar en la eternidad de mano de Jesucristo y es lo que la Iglesia ha dejado de postular, en nombre de unos sospechosos derechos humanos, de los que sabe hablar mejor quien mejor los desdeña, quiero decir los totalitarismos frenéticos en trance de

asfixia entrópica a los que la Iglesia, en su afán de no perder el tren de la actualidad, se está acercando peligrosamente. Para ella y peligrosamente para las almas cristianas.

Me di cuenta también, durante mi estancia en Chile, hasta qué punto mi mensaje, limitado a mis lectores y al público de mis clases y conferencias, a mis artículos y viajes, es al mismo tiempo crítico y positivo, quiero decir antidadaísta.



Chile se define por el océano, de la misma manera en que Rumania se define por la estepa. Son dos vecindades peligrosas, incitante y desarrolladora la primera, desconcertante y limitadora la otra. Pero se trata de dos realidades de las que los dos pueblos ribereños no pueden prescindir. Hay una condición de *enfrentamiento* que aparece claramente en la poesía chilena como en la rumana y que da cuenta ontológicamente de una situación vinculada a la evolución espiritual de los dos pueblos, colgando el uno encima del Pacífico, encima de la inmensidad eslava el otro. Ninguna de las dos es pacífica. Recuerdo lo que me contaban mis amigos durante la Segunda Guerra Mundial acerca de sus primeros contactos con la estepa rusa, la sensación de terror anímico que aquella vastedad les provocaba y, también, como contrapartida, la alegría de no pertenecerle, de haber sido destinados a otro espacio, el de la colina subcarpática que otorga ritmo y melodía a los colores, a la música, a la mentalidad, a los actos de creación del pueblo rumano, tal como Lucian Blaga lo ha explicado en su *Trilogía de la Cultura* y tal como yo he tratado de describirlo en *Dios ha nacido en el exilio* y quizá en casi todas mis novelas, íntimamente vinculadas a esta armonía ondulatoria. Existe una honda posibilidad de acercar la poesía de Gabriela Mistral y de los poetas chilenos en general a la poesía rumana, popular como culta, representando las dos el mismo terror metafísico provocado por la presencia, definidora por oposición, de dos elementos telúricos tan elementales y provocadores como lo son el Pacífico y la estepa euroasiática. Los dos más grandes espacios, de tierra el uno, de mar el otro, tan fuera de lo humano, tan aparentemente antihumanos los dos, han desencadenado sendos procesos de formación como respuesta metafísica a la opresión de lo físico, de una impactante fuerza espiritual. La respuesta a esta incitación exterior sigue produciéndose, con la diferencia de que Rumania está a punto de desaparecer bajo el alud estepario, mientras Chile, como Portugal en los siglos XV y XVI, prohibido el acceso a Europa por Castilla, se lanzó a la conquista de la otra inmensidad. Es impresionante el afán de conquista de los chilenos actuales y el cambio que están viviendo. Su territorio, de setecientos mil kilómetros cuadrados, lo están multiplicando por diez, ya que, en realidad y contando con los medios que la técnica pone a su disposición, el Chile verdadero se extiende desde los Andes hasta la Isla de Pascua y linda en el sur con la Antártica, comprendido todo ello dentro de los límites de las doscientas millas costeras que permiten la soberanía chilena sobre dicha territorialidad. Y, en efecto, la transformación que el país vive en este momento está apasionadamente relacionada con esta nueva idea de espacio nacional.



El Pacífico, contemplado desde los oteros de la bahía de Valparaíso, es una lección de futuro, tal como lo había sido el Mediterráneo para los griegos homéricos, una invitación al poderío y al conocimiento. Contemplado desde las alturas de cualquiera de las salidas superiores de los antiguos, rudimentarios y sugestivos ascensores que llevan a los barrios altos de la ciudad, el océano aparece en todo su esplendor invitativo. Detrás de la bahía y de las nubes bajas he podido ver, aquella tarde crepuscular de invierno austral, la cima nevada del Aconcagua... El mar océano más grandioso de la tierra y la montaña más alta de los continentes americanos están juntos encima del puerto quizá más asombroso de la tierra, sede futura del Parlamento chileno. Nada es aleatorio y azaroso en las decisiones de los seres humanos. El destino no es más que una conclusión, una vez echada correctamente la cuenta de las premisas.

Este sitio ha sido un fragmento de naturaleza, luego fue español, luego inglés, luego chileno. Y es posible que el problema de la independencia en Chile como en la Argentina y en otros lugares hispánicos no haya sido resuelto aún, o que algún que otro estadista lo trate de resolver *a modo suo* y que fracase una y otra vez, porque el drama es cíclico y sólo encontrará un cauce resolutorio en el momento en que los pueblos de este continente, como de otros, logren autodecidir acerca de su futuro. Los que, como Rosas, han tratado de imponerse en el sentido de la libertad, o sea, de la independencia sin la revolución, han sido tachados de dictadores. Sarmiento y Echeverría han dejado retratos falsos de aquel intento. El combate continúa y es posible que Chile sea hoy la última tierra embestida por sus pitos y flautas. La última tierra del último hombre libre.

En un libro que compré en Córdoba y al que sigo leyendo en el momento en que redacto estas páginas (me refiero al estudio filosófico histórico de Marcelo Sánchez Sorondo *La Argentina por dentro*, Buenos Aires, segunda edición 1988) el problema es planteado de forma magistral. En la misma formación de los Estados hispanoamericanos desentrañamos dos conceptos antagónicos, aunque, a menudo complementarios: el de la revolución, en el nombre del liberalismo triunfante, y el de la independencia, transhumando valores genuinos y tradicionales. La revolución dará lugar a la formación de una clase dirigente culta, con sede en Buenos Aires, orientada hacia culturas extranjeras, la de los "próceres"; la independencia creó "caudillos", forma tradicional del poder español, según Sánchez Albornoz, expresión visceral de la "barbarie", de la misma manera en que la otra lo era de la "civilización". Política la una y social la otra, liberalismo contra igualitarismo, elites progresistas y extranjerizantes contra protagonismos "interiores" o gauchescos, el puerto grande contra la patria chica, el antagonismo constituye el *polemos* dialéctico de la historia argentina, desde el 25 de mayo de 1810 hasta hoy. Las dos tendencias que se acaban de enfrentar dentro del peronismo no son sino la continuación del mismo. Acaban de perder los que pactaron con la "civilización", o sea, con los radicales, y de ganar los que, de una forma o de otra, recuerdan al pueblo la cara ideológica de Rosas y de Martín Fierro, de Facundo y de los llanos. Argentina es, en su autenticidad, tierra adentro; Chile es océano. Sus delimitaciones en el mapa los define a la perfección. Además, las Islas Malvinas son de Inglaterra, por lo menos momentáneamente, mientras la Isla de Pascua es chilena.

Durante horas he tratado de descifrar el misterio de Valparaíso. Hay en su aire, en sus colores, en sus callejones, en su gente, en sus ascensores, algo del siglo pasado. Es una ciudad eminentemente romántica, de aspecto rigurosamente *portuario* (en latín *ostia* es puerto, algo que lleva a otro sitio, que sólo está allí para transportar y para enseñar su propio reverso, como una medalla mágica), se está mirando y miles de personajes, vistiendo atuendos de 1850, se presentan ante la mirada interior; huele incluso a pasado, como un cuadro de época; a especias; a intrigas amorosas y políticas; a salón de té británico en descomposición; a opíparas ganancias; a familias en pleno auge y decadencia, como los Buddenbrock. Pero también el futuro se desliza por entre las redes, invisible pero sugestivo. Del otro lado está Tokio. Australia, Japón, Estados Unidos (o quizá Canadá) y Chile forman el cuadrilátero futurible e inevitable. No sabemos cómo va a ser el rostro político del siglo venidero, pero es posible que pasemos de la corrupción atlántica al reto pacífico. Católicos y protestantes, el español y el inglés americanizado como lenguas dominantes, un alejamiento de Europa que implicará probablemente un cambio de estilo, el principio de un comienzo, mientras el principio del fin estará encadenado aún a la visión anglofrancesa de Sarmiento y de Borges; una posibilidad de ser libre, en cuanto pueblos y personas, profundamente marcada por la poesía de Gabriela Mistral y por la prosa de Mishima; un horizonte interior en el que la ética corpuscular del aviador, hombre del cielo, tenga tanto que decir como el marino, hombre ondulatorio. La separación de los tres ejércitos dejará de tener sentido, ya que el Pacífico será no sólo agua, sino también aire y tierra; un conjunto epistemológico unitario, donde la unidad en el ser tendrá también una base para el desarrollo y una posibilidad de retorno. Los dioses retornarán a sus campanarios, cumpliendo la profecía de Hölderlin y la de Jünger.

Decía en un párrafo anterior que el inconsciente colectivo de los chilenos está habitado por dos amenazas: el terremoto y Allende. El futuro esboza el contorno de las mismas sombras. Los terremotos son inevitables y el genio humano no puede nada contra ellos. Son la firma movediza de este paisaje. En cambio la amenaza del retorno a la tiranía es evitable. Todos los proyectos, admirables y realistas, fuera por completo de cualquier tipo de utopía izquierdista, tomarán cuerpo antes del año 2000, si las cosas siguen en el cauce trazado por estos equipos de trabajo que no tienen nada que ver con la política ni con los partidos, plagas de Hispanoamérica. La comparación con la situación argentina me parece, en este sentido, conclusiva. Chile puede transformarse en una base de lanzamiento hacia el orden y el bienestar, pero también en una realidad modélica. El mismo lenguaje de los políticos, representantes de un mundo envejecido, aparece como enfermo de sí mismo, cargado de enormes culpabilidades a las que siguen insertando en conceptos hueros, tales como derechos humanos, justicia social, democracia, libertad (hasta Fidel Castro es capaz de jurar en su nombre, Fidel Castro el amigo y maestro de Allende, el padre actual de la miseria hispanoamericana, el modelo real de *El otoño del patriarca*); no tienen garra, sólo dan guerra, pero esto en un país del Pacífico no tiene sentido; el porvenir, si es que vuelven a conseguirlo, lo que sería una catástrofe, volvería a ser un retorno.

Hay algo en Santiago que llama poderosamente la atención. En la Avenida de la Alameda, casi en frente de la Universidad Católica, se erige uno

de los edificios más horrorosos de la tierra, construido en tiempos de la pasada tiranía. Aunque más feo todavía, me recuerda los mamotretos edificadas en Bucarest y en Varsovia, sedes de los periódicos oficiales, regalos de la URSS. También me recuerda, involuntariamente, algunas de las construcciones del régimen socialista en Madrid, la pirámide en el patio del Louvre y la actual Place Royale de París. Podría prolongar la lista casi hasta el infinito. La asociación del socialismo y del comunismo con lo feo me resulta elocuente también. En la Argentina ha sucedido lo mismo. Hay como una profunda veta común vinculando ideológica y estéticamente la fealdad y lo inactual en un afán permanente e irrealizable de permanecer “de moda”, de seguir diciendo algo al hombre de hoy a través de signos desprovistos de actualidad. Es como un lenguaje monstruoso y vampírico que salta a la vista en los discursos de los políticos, en la vulgaridad desesperada y casi pornográfica de algunos periódicos y de algunos libros contaminados por la misma avejentada desnivelación, pero es en la arquitectura y muy a menudo en las artes plásticas, en general, donde se manifiesta con más ahínco, turbulencia e histeria la letra en clave del contrato con Mefistófeles. Lo feo ha sido siempre, quiero decir en todas las épocas, signo de decadencia y en el siglo XX hizo su entrada triunfal en la pintura durante la fase decreciente, izquierdizante, del expresionismo para cuajar en los Manifiestos del dadaísmo. Aquello coincidió en el tiempo con el desarrollo máximo del estalinismo, en cuanto política, arquitectura, poesía (nadie quiere recordar hoy las Odas a Stalin de Neruda, Alberti, Aragón y otros, pero ahí están, testigos de una decrepitud simbolizante); todo es “correspondencia” según el concepto cósmico y esotérico forjado por Baudelaire en su famoso poema. No quiero ofender a nadie, pero el edificio de la Alameda me parece tan perfectamente simbolizante como una frase de Stalin. La utopía, a pesar de todo, ha sabido ensamblar un lenguaje y nada resulta más comprensivo que esta espontánea manera de expresarse.



He escrito en Córdoba de Nueva Andalucía las páginas anteriores y redacto este final en mi casa de Villalba, de retorno a España. Las tres semanas pasadas en la Argentina me han roto el alma. Dicen que el desastre actual no tiene solución, que el porvenir no tiene cara, que el mal se va a volver peor, que una catástrofe inminente se está acercando con pasos agigantados. No sé. Los pueblos poseen sorprendentes reservas de resistencia y de salvación. Sin embargo, en los próximos veinte o treinta años vamos a asistir a la muerte de varios pueblos en el mundo. No creo que el argentino sea uno de ellos, pero todo es posible. Falta un solo paso en falso, un último abuso. Córdoba me pareció, bajo este aspecto, el sitio más desesperanzado que jamás he visto. Dicen que Rumania es peor y así lo creo, pero el antiguo hogar de los dacios hiperbóreos ha sido machacado por la utopía más feroz del siglo, mientras Argentina *es libre*, puede cambiar su suerte de un día para otro, si es que la palabra libertad, referida a los pueblos, tiene hoy algún sentido. Un vaho de tristeza irremediable y de humillación cubre el rostro de los argentinos. La gente sólo gasta para comer. Las multitudes rumanas hacen cola durante horas y días ante las tiendas de comestibles con el mismo fin. Sobrevivir. Todo lo demás ha dejado de interesar. Basta mirar los libros en las librerías, las ediciones feísimas, el papel malo, la impresión deficiente, la urbanización de las nuevas plazas (la Plaza de Roma y la de España en

Córdoba son modelos de mal gusto y de ineficacia, de pérdida del centro estético), los trenes, los aeropuertos, la imposibilidad absoluta de reparar, de renovar, de volver a poner en circulación cualquier cosa, desde los teléfonos hasta los autobuses. La inflación es tal que para enterarse del precio de un perfume o de una bufanda se tiene que asistir a la siguiente estratagema: el vendedor mira el frasco, que lleva un número encima, luego desaparece, consulta una computadora y vuelve con el precio. La consulta dura un minuto, pero da cuenta de la situación: los precios cambian cada dos por tres y para saberlos es preciso consultar con una central que registra cada hora los cambios, en dependencia directa de la subida del dólar. En junio éste valía 9,50 australes, en julio había subido a 12,40. Es así como de Córdoba no queda nada, nada más que recuerdos y frustradas esperanzas; y una serie de galerías comerciales, modernas y aparentemente prósperas, donde viene a acabar la última riqueza del país, la comerciable, la vendible, la alquilable, la pronosticable, mientras la otra, la del país real, como lo llama Sánchez Sorondo, la podemos observar en cualquier calle de la ciudad: mientras la revolución (la liberal, la que ha cambiado de nombre mientras tanto) se impone a la independencia y el país se hunde en las consecuencias de esta penosa victoria.

Asistimos, además, aquí, a la evolución hacia otro tipo de desastre, provocada por el partido en el poder. Es lógico, políticamente lógico, sostener que la democracia que rige el país ha sido posible porque los militares la han arropado desde un principio. En efecto, sin la intervención de las Fuerzas Armadas, Argentina hubiera sido hoy un país comunista, tal como se lo propusieron las bandas armadas que mataron a miles de personas y conquistaron regiones enteras, hasta el momento en que Isabelita Perón ordenó la intervención del Ejército y todo acabó de la mejor manera para los futuros gobernantes, o sea, para la reinstauración de la democracia. Los que salvaron la fórmula han sido ya condenados a muchos años de cárcel por sus propios deudos, mientras los responsables de la guerra en las Malvinas vuelven a ser procesados. Es verdad que son culpables de la derrota, pero ellos mismos han sido víctimas, por un lado, de las masas populares que se alzaron como un solo hombre apoyando la intervención armada y la guerra contra Inglaterra, las mismas masas que hoy gritan en la calle en contra de los culpables y, por el otro lado, de una serie de circunstancias y engaños, una auténtica trampa internacional, que llevaron a los militares en el poder a creer en la no intervención de Inglaterra y en la no participación de los Estados Unidos en el conflicto. El fin de aquellas sutiles maniobras era la destrucción del poder militar argentino y del régimen en él apoyado. De esta manera, los *radicales libres*, aquellos elementos microscópicos que producen en el organismo el envejecimiento de las células, pudieron volver a disfrutar libremente de su incansable actuación dentro del organismo argentino. Las verdaderas madres de la Plaza de Mayo, las que no lloran ni se manifiestan en público, igual que *las madres* de Goethe, siguen rigiendo desde sus escondites cósmicos el régimen vital del pueblo argentino y constituyen sin duda alguna la reserva secreta de este magnífico pueblo, capaz en este momento de otorgar al mundo los mejores escritores y los peores políticos.

Buenos Aires sigue en su luz de siempre. Es una esplendorosa ciudad en cuyas calles y mentes se manifiestan los defectos mayores y las cualidades de

la nación. Aterrizar en Aeroparque, a lo largo de la ciudad, es un gozo. Pasear por la calle Libertad y por La Recoleta un día domingo, de poco tráfico, comer en cualquier restaurante, constituye todavía una alegría occidental. Pero el ojo atento observa aterrorizado la obra del tiempo en un sitio que, igual que Córdoba, no es capaz ya de reparar nada. Las aceras, los trenes, algunos barrios, el deterioro de todo el conjunto, la incertidumbre pintada en las caras, la tristeza de la autopista que lleva al aeropuerto de Ezeiza, la inseguridad ciudadana, las huelgas, los crímenes absurdos y crueles denotando una falta de ética que se transmite, hoy como siempre, de arriba abajo, no engañan a nadie. Mientras el campo, la desolación del campo, su vacío cada vez mayor, los programas de televisión empeorándolo todo, entorpeciendo, igual que los políticos, la marcha hacia adelante de todo un pueblo, forman parte del programa. Lógicamente hablando, Argentina no tiene solución. Si es que la lógica de los hombres tiene algo que ver con los *corsi e ricorsi* de la historia.

Existe un afán de lucro que acabará con los Estados Unidos y un afán de poder que linchará un día a los comunistas gobernantes u opositores. Todos los abusos tienen el mismo fin. Hispanoamérica, Argentina más concreta y visiblemente, es víctima de dichos abusos. Ganar dinero y dominar forman un dúo trágico, cuya música intoxicará mortalmente a sus ejecutores, de la misma manera en que el *rock* y la droga acaban con sus consumidores y autores. De otro modo no sería posible vivir. Alguien podría hacer resucitar al continente y es la Iglesia, pero creo que ha perdido el colectivo, que es como llaman a los microbuses en Buenos Aires. Asistir a la decadencia y a la descomposición de las instituciones es deplorable y lastimero, pero es ley de vida. Lo mejor se vuelve bueno, luego menos bueno, mediocre y acaba en malo, porque si no nada perecería, cuando, como decía Eduardo Mallea, ilustrando la Biblia, hasta *todo verdor perecerá*. No creo que Dukakis o Bush comprendan mejor que Reagan el problema hispanoamericano, donde para un norteamericano medio, lo único importante es invertir poco y sacar mucho. Tampoco creo que Gorbachev sea más perspicaz que Brezhnev. Los unos como los otros son víctimas de sus propios prejuicios económicos y políticos. Ven sólo el aspecto exterior de las cosas. El futuro para ellos es el capitalismo generalizado o el comunismo hecho pan cotidiano. El régimen democrático como el comunista no es valadero para todos los pueblos. Que pregunten sobre ello a los argentinos o a los rumanos. Habría que volver a leer a Montesquieu, defensor de las instituciones tradicionales de cada nación, en parte. Un Parlamento universal, donde todas las tendencias y sobre todo los éxitos de cada país pueda representar la voluntad libre de cada comunidad nacional, tendría que devolver al hombre angustiado de hoy, al hombre humillado de Hispanoamérica, la fe en un futuro exento de utopías y liberado de políticos llamados de carrera, buena manera de definir algo que no es una Olimpíada.